

Poemas

José Watanabe

Refulge otra vez el sol

Refulge otra vez el sol sobre el río,
siéntate en la hierba con espíritu tranquilo
y mira a los muchachos bañarse y reír.
Acepta estrictamente esta visión.

(Has mirado tu sombra desde el puente
y te ha extrañado
que no tuerza hacia la corriente)

Tú también te bañaste aquí
y entonces el río era igualmente sucio, debajo
estías de barro en las comisuras de la boca
donde se formaba esa risa gratuita, risa
sólo por estar allí, zambulléndose
y emergiendo con un único conocimiento,
el de las cualidades tangibles del agua.
Eso era el sentido de la risa.
Acepta estrictamente ese sentido y declina
la especulación poética. Porque es tu verso opaco
contra tu brillante alegría de muchacho.

Imitación de Matsuo Basho

Fuimos rebeldes y audaces. Yo la convencí de la nueva moral que ni aun yo tenía, y huímos sin ceremonia ni consentimiento. Ella trepó ágilmente a la grupa de mi caballo y así cabalgamos hasta las primeras estribaciones de la sierra. Bordeábamos los poblados y con ramas desgajadas íbamos cubriendo nuestras huellas. Nos detuvimos en una aldea cuyo nombre alude a la contemplada limpidez del río que la atraviesa.

Había clara luz de tarde cuando el posadero nos abrió la pesada puerta de palo. A pesar de reconocer en él a un hombre sin suspicacias, le mentimos nuestros nombres. Le encargué una buena habitación para nosotros y cuidados para nuestro caballo. Ella, azorada y hambrienta, mordía a mi lado una manzana.

El cuarto era blanco y olía a resinas de eucalipto. Aunque ofrecido con excesiva modestia por el posadero, allí hallamos seguridad. Desde el pie de nuestra ventana los trigales ascendían hasta las faldas ricasas donde pastaban los animales del monte. Las cabras se perseguían con alegre lascivia y se emparejaban equilibrando peligrosamente sobre las aguas rocosas. Ella cerró la ventana y yo empecé por desatar su largo cabello.

Fuimos rebeldes y audaces. Sin embargo, ahora nos perdonan nuestras familias y nos perdonamos nosotros mismos. Nuestro hogar ha sido tardíamente consagrado. Eso es todo. Nunca traicioné otras grandes verdades porque quizá no las tuve, excepto el amor que me hizo edificar una casa, excepto el amor que nunca debió edificar una casa. A veces pienso cabalgar nuevamente hasta esa posada para colgar en su puerta estos versos:

En la cima del risco
retozan el cabrío y su cabra.
Abajo, el abismo.

En su caída

Los patos que van al sur
otra vez están llegando al estuario de Végueta
y ante la elegante gaviota
arman su algazara con la gracia de los vulgares.
La gaviota hace un gesto hostil y vuela hacia las islas tranquilas.
Los patos quedan sumergiéndose, cuchareando el limo, buscando desoves,
mientras el sol desciende como un globo y se detiene fragoroso
detrás del árbol
que crece en la pequeña isla salina del estuario.
Todos los elementos del paisaje parecen convergir en el sol.

De pronto el mundo cambia de orientación y de ánimo:
ha resonado el disparo
de un cazador que acallando a su perro avanzó hasta el gramadal.
Los patos corren rasantes y con espanto sobre el agua
hasta alcanzar el vuelo y perderse detrás del farallón,
pero el herido,
el herido queda manteniéndose dramáticamente en una media
altura,
sobre el árbol,
sobre el sol,
e inesperadamente se eleva casi vertical como si buscara acabarse
en el punto más alto
del aire.
Cuando empieza a caer se forma en mi boca una frase piadosa,
una frase que él ni nadie podrá oír en su caída:
"Estás cayendo hacia el sol", le digo inútilmente.

Los encuentros

Y de repente éramos dos hormigas en la vereda
casual,
él y yo,
así moviendo las antenas, intercambiando datos, cordialidades,
diez años.

Pero ¿por qué estos encuentros se tuercen siempre?
¿Sentías, amigo mío, cómo nuestro viejo afecto
se hacía desinterés
y fastidio?

(Y los dos supimos
que ya estábamos listos para ignorarnos diez años más)
Antes de despedirnos
él me punzó con un dato sombrío:
su padre, Don Ventura D., tenía un intratable cáncer renal.

Todo hecho es fragmentario hasta que el azar nos lleva
a su complemento.
Digo esto porque voy a hablar ahora de mi inesperado encuentro
con su padre, tres días después.
Fue en el planetario del Ministerio de Aeronáutica, en la feria.
Don Ventura D.
estaba bajo la gran cúpula que copiaba el cosmos,
giraba trabajosamente sobre sí mismo
solo
siguiendo el movimiento de los numerosos planetas y lunas
que se trasladaban lentos y luminosos
en la penumbra.

Una mirada concentrada
hacia de la cúpula un espacio abisal,
y él la contemplaba así
y con serenidad sobrecogedora,
ya entregándose.

Me descubrí anotando
que la gravitación universal no tiene contingencias, azar
ni cáncer.

Estaba yendo hacia el poema
y me abstuve:

Ese hombre está en juego, dije.

Y salí del planetario y me entropé con la gente,
ninguna seguía, como los planetas, una órbita prevista.